



*LA ENCUADERNACIÓN Y DECORACIÓN DE
LOS LIBROS*

CONFERENCIA LEÍDA POR EL MAESTRO *MANUEL
HERRERA CARTALLA*, PROFESOR TITULAR DE LA
ESCUELA NACIONAL DE ARTES GRÁFICAS, EN
LA SALA "MANUEL M. PONCE" DEL PALACIO DE
BELLAS ARTES, EL 1º DE ABRIL DE 1963, A LAS
19.30 HORAS



La encuadernación y decoración de los libros

Por Manuel HERRERA CARTALLA

LA ENCUADERNACIÓN como manifestación artística es el resultado de un proceso que se sigue para la mejor conservación de los libros.

Los libros, uno de los objetos más útiles y apreciados por el género humano, son documentos de incalculable valor; ellos encierran la más antigua sabiduría, las corrientes más bellas de la literatura, las ciencias, las artes, las

religiones. Son para nosotros la compañía en los momentos de soledad. Nos enseñan las primeras letras. En los viajes siempre llevamos un libro entre las manos. Es el que conserva los grandes pensamientos, los grandes descubrimientos, los hechos más trascendentales para la humanidad, el que hace grandes a los pueblos. Siempre el libro más insignificante tiene algo de interés; y un

libro perfectamente bien encuadernado y decorado será siempre un signo de distinción, pues refleja la personalidad, el buen gusto y el amor hacia los libros. Además, una buena encuadernación los preserva de la destrucción del tiempo.

Si en tiempos antiguos los libros se multiplicaban, hoy es una bendición que cada día salgan a la luz cientos y cientos de libros con los más bellos impresos, ediciones limitadas con los mejores papeles, tintas seleccionadas, grabados artísticos y las mejores encuadernaciones bellamente decoradas.

Los volúmenes impresos y encuadernados que conocemos con el nombre de libros, son el resultado de un proceso evolutivo a través de varios siglos.

Antes de llegar a la forma actual, el libro encuadernado pasó por diferentes etapas con caracteres y formas diversas, pues se han usado para su elaboración los más variados materiales.

Al operarse el cambio del libro en forma de rollo al de hojas cuadradas de pergamino, innovación de los griegos y los romanos algunos siglos antes de nuestra era, aparece también la encuadernación propia de la época.

La encuadernación de estos libros consistía en sujetarlos con unos cordones o pergamino retorcido, a cuyo resalte se llamó "nervios", y todavía se conserva este último nombre.

Desde ese momento la encuadernación alcanza proporciones importantes, contribuye a la conservación y embellecimiento del libro, se inician las encuadernaciones bellamente decoradas con

los más ricos materiales.

Las encuadernaciones se realizaban con el mismo pergamino y otras pieles, pero como éstas regularmente se arrugaban, se optó por colocarlas sobre unas tabletas.

A medida que pasaba el tiempo, el lujo fue introduciéndose en las cubiertas. Las encuadernaciones en el siglo IV eran extraordinarias: la preciosidad de los manuscritos adornados con miniaturas así lo requería. Las tapas se adornaban con marfil, oro y piedras preciosas.

Las encuadernaciones en el Imperio Bizantino eran magníficas; también se empleaban ricos materiales sobre tapas de madera: incrustaciones de piedras preciosas y marfiles.

Se supone que en los primeros siglos de nuestra era se usaron tapas de metal y después de madera forradas con pieles, y también ornamentadas con hierros.

La encuadernación logra en la Edad Media un cambio en las tapas de metal, marfil y otros materiales pesados, substituyendo éstos por el uso de la madera, que da lugar a la aplicación de varias clases de piel, obteniendo una superficie plana que permite la aplicación de hierros combinados con metales de verdadera artesanía, como clavos y cerraduras convenientemente estilizadas.

En el siglo X la encuadernación sufre una transformación: surge la encuadernación en cuero. Este arte lo practican los monjes, quienes preparaban las pieles con diferentes granos y matices, cosían las hojas con nervios sujetándolas



Libros encuadernados en pieles finas mostrando los cantos dorados, grabados y policromados.
Trabajos realizados por alumnos de la Escuela Nacional de Artes Gráficas

a las tapas de madera que eran cubiertas con piel de venado, cabra o becerro, sobre la cual estampaban hierros con diferentes clases de adornos. Se les conoce como *hierros monásticos*.

Las ruedas con dibujos continuados,

hierros para las esquinas y rosetones, comienzan a usarse a fines del siglo xv.

Las encuadernaciones adolecían de pesadez y de escaso gusto artístico por el excesivo abultamiento. Entonces aparece un material más ligero, que es el

cartón, y que usaron los árabes en el siglo XIV. A mediados del siglo XVI su uso era ya corriente en España.

En España, en los comienzos del siglo XVI, se siente todavía la influencia del arte mudéjar que sigue inspirando obras primorosas.

Las encuadernaciones islámicas tienen gran analogía entre todos los tipos, pero al estudiarlas acusan notables semejanzas que permiten agruparlas, de acuerdo con sus características, en egipcias, persas, árabes y mudéjares. Las decoraciones persa y egipcia eran muy complicadas, pero poco a poco fueron depurándose.

El árabe y el mudéjar recorrieron el mismo camino que los anteriores. Tenemos por ejemplo el misal toledano (siglo XV) que muestra una rica tracería mudéjar tipo Toledo; desarrolla una cinta formando dibujos geométricos a base de un rosetón central y encuadramientos, los espacios libres fuertemente gofrados por hierros de fina lacería. Si suprimimos el rosetón y el fondeado, nos queda la lacería de Grolier en el siglo XVI.

Las manifestaciones del arte hispano-árabe en la decoración exterior de los libros llamados mudéjar de los siglos XIV y XV, constituye uno de los hechos más importantes en la encuadernación. Su importancia para España es tan grande como lo fue para Francia la introducción en las encuadernaciones de los elementos decorativos de Italia, que el célebre Grolier adoptó para sus libros.

En el siglo XVI comenzó el renaci-

miento de las artes en general, y la encuadernación ocupa un lugar importante en este gran movimiento cultural. No podía quedarse atrás, su misión era la mejor conservación y decoración del libro. La invención de la imprenta abre nuevos horizontes a las artes gráficas.

El grupo de encuadernadores que en esa época logró crear estilos propios, que enriqueció las bibliotecas reales dando nueva vida al arte del libro con ricas encuadernaciones, fue el formado por Aldo Manuzio, Grolier y Maioli. Aldo y Grolier en Francia, y Maioli en Italia.

Aldo Manuzio, célebre impresor veneciano (1450-1515), creó un estilo propio de ornamentación al transformar el estilo oriental en uno original, que obtuvo decorando los libros con gofrados en parte, y en parte con oro, combinando los hierros en grupos formando florones, cuya esbeltez y sobriedad crearon el llamado "Estilo Aldino", imitado por todos los países de Europa, y que constituyó una innovación en el arte de la encuadernación.

Aldo seleccionó a los mejores obreros encuadernadores griegos, artistas extraordinarios que le ayudaron a formar en Italia una Escuela de Encuadernación que llegó a alcanzar gran fama. La divisa que llevan los libros Aldinos es un ancla en torno a la cual se enrosca un delfín con el nombre "Aldus".

Las encuadernaciones ejecutadas bajo la dirección de otro gran artista, Jean Grolier, son de un mérito extraordinario. Se puede decir que estas en-

cuadernaciones y decoraciones de estilo Grolier fueron creadas con el mejor gusto y acabado exquisito.

Grolier utilizó los mismos hierros y florones de Aldo, pero los vació e hizo azurados horizontales sumamente finos. Los combinaba en forma de ramajes y los unía con filetes, ofreciendo un conjunto que causaba admiración.

Con los estilos Grolier se llega al máximo ingenio y nuestro arte adquiere nuevos caracteres de elegancia, logrando la más alta expresión decorativa con elementos policromados y cambios de piel. Empieza a abandonar los hierros grabados y conserva segmentos curvi-

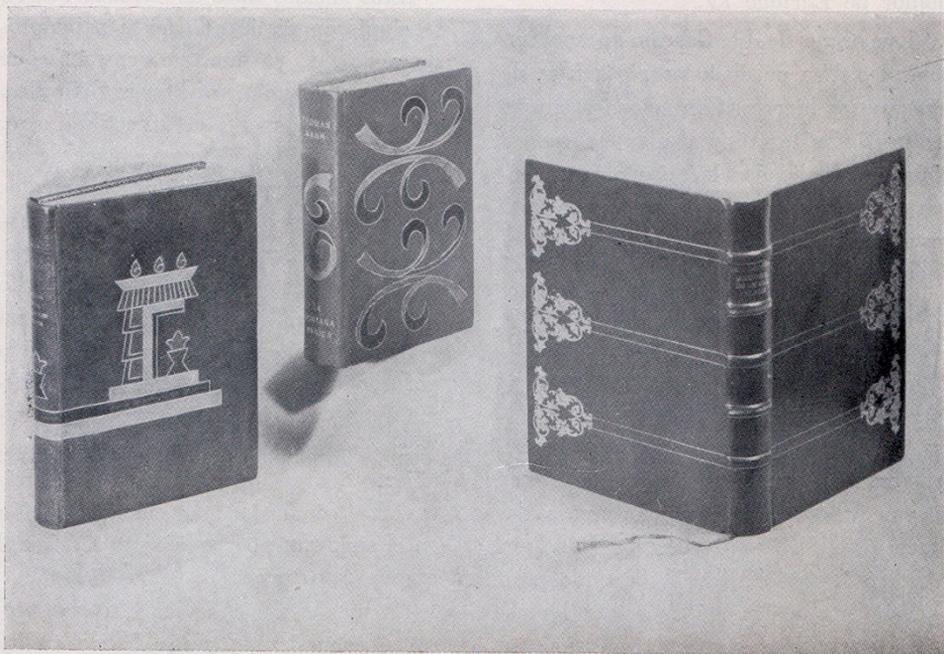
líneos, realiza los más complicados arabescos de la tracería ornamental.

Grolier creó con la técnica italiana un arte francés, y puede decirse que las encuadernaciones aldinas deben mucho de su fama a este encuadernador.

Otro destacado encuadernador fue el italiano Tomás Maioli.

Maioli luchó por crear un estilo propio, tal como lo hizo Grolier. Se le atribuye el haber introducido el uso de los hierros aldinos no azurados que resultaban un poco pesados, substituyendo el fondo a líneas por pieles de color o mosaico.

Demetrio Canevari fue el último de



Encuadernaciones con piel romaneada, decoradas con mosaico y filetes grabados y dorados. A la derecha un libro adornado con florones combinados, trabajo hecho en la máquina de dorar

los cuatro grandes innovadores de la ornamentación del libro. Su decoración es sin complicaciones. Utilizando también los hierros clásicos, combinaba las lacerías de Grolier y los hierros macizos de Aldo. Logró simplificar la decoración de las tapas de los libros. Canvari se caracteriza por un estilo sencillo, elegante y distinto a los anteriores.

En el siglo XVI el arte de la encuadernación alcanza su mayor esplendor, y sus obras no han sido igualadas hasta la fecha.

En el siglo XVII se destaca otro genial encuadernador, inolvidable para los bibliófilos. Esta figura no usa su verdadero nombre, es conocido bajo el seudónimo de "Le Gascon". Fue encuadernador de Enrique IV.

Las obras de Le Gascon no son numerosas. Usa un estilo propio a base de muy pocos hierros. Con sólo dos curvas en distintos tamaños y algunas ruedas formó complicadas lacerías, en sus encuadernaciones. Los hierros que usó este genial artista se conocen con el nombre de "puntillados".

En el siglo XVIII una familia de encuadernadores, los Padeloup, toman algo de cada uno de sus antecesores y crean un nuevo estilo basado en figuras geométricas iguales en cuyo centro estampaban una flor o trazaban finas líneas imitando el enrejado propio del rococó. En la familia de los Padeloup destacó Antonio Miguel, discutido pero genial artista. Intentó reformar los estilos llegando a ser un revolucionario

en la decoración de las tapas de los libros.

En el siglo XVIII el último de los encuadernadores que destacó en Francia fue Derome (1730). Nicolás Derome perteneció a una gran familia de encuadernadores; era un dibujante de positivo gusto para realizar las decoraciones de los libros. Los hierros que utilizaba, aunque influidos del estilo barroco, habían sido estilizados para quitarles la pesadez que imperaba en esa modalidad. Su estilo decorativo era bello, exuberante, a la manera de encaje bordado y con exquisita sobriedad. También tenía sus hierros que él diseñaba, como liras, cupidos y el célebre pajarito, sello personal que no omite en sus obras.

Estos mismos tipos de encuadernación se siguieron realizando hasta principios del siglo XIX, ya que este arte, más que ningún otro, no traza etapas definidas, no pasa bruscamente de un estilo a otro. Se recurre a los elementos decorativos de la época para determinar momentos históricos, como sucede con las encuadernaciones llamadas de tipo *Imperio*. Al final de esta etapa aparece el estilo "*a la catedral*", que representaba un motivo arquitectónico de tipo gótico gofrado con una sola plancha. Conforme entraba el siglo, estas y otras encuadernaciones iban dejando el campo abierto a otras más sobrias y académicas. En conclusión: la encuadernación en el siglo XIX no produjo nada original que la caracterice.

La mayor parte de los libros impresos y encuadernados en México en los

primeros años después de 1539, fueron hechos en pergamino.

Los libros que venían de España llegaron con encuadernaciones procedentes de Barcelona, donde se dejó sentir la influencia francesa e italiana. Alcalá, Burgos y Sevilla, famosas por sus imprentas, y Granada por sus guadamaciles y cordobanes, aportaron pastas estampadas en becerro y badanas al estilo mudéjar o monásticas que fueron los cimientos para que surgiera la encuadernación en México.

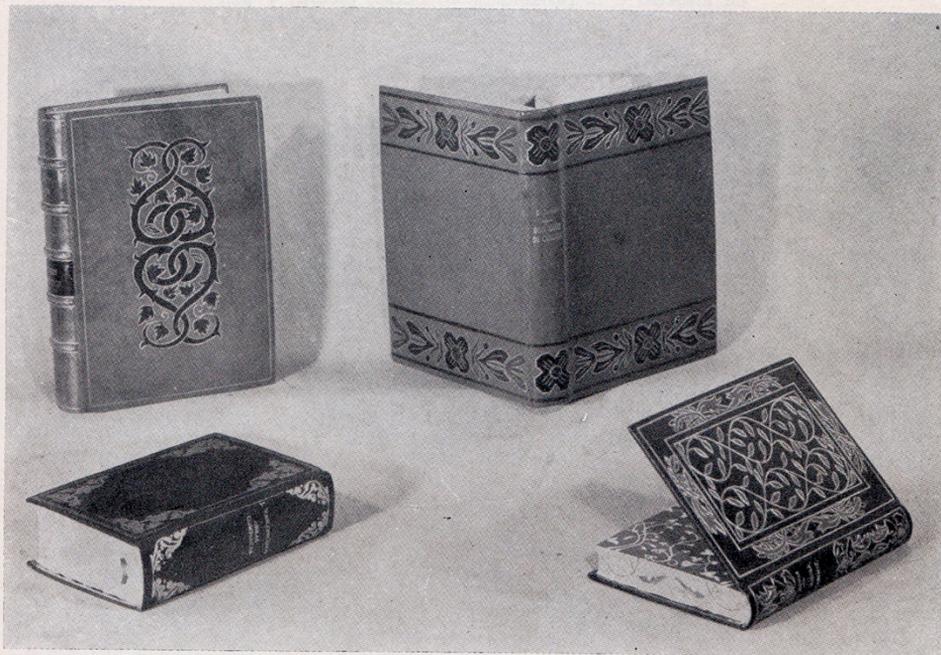
En el siglo XVII se lograron grandes encuadernaciones en pergamino estampadas con tinta china y decoradas con pequeños hierros.

En el siglo XVIII floreció el arte de la encuadernación con las pastas españolas.

Las ediciones que venían de París y Londres en el siglo XIX eran encuadernadas en tafilete de varios colores. Fue tal el interés por las pastas de lujo, que los encuadernadores permanecieron todo el tiempo activos realizando el arte de Grolier y Maioli.

Actualmente el arte de la encuadernación ha resurgido gracias al amor y perseverancia de un gran encuadernador mexicano que ha dedicado todos sus esfuerzos a la enseñanza de esta preciosa artesanía. Se trata del maestro don Alfonso Tovar y Portillo.

Encuadernaciones artísticas siguiendo motivos clásicos, con guardas hechas a mano



La Escuela Nacional de Artes Gráficas, al celebrar sus veinticinco años de fundada, debe sentirse orgullosa de haber contado con la brillante y desinteresada colaboración del maestro Tovar, que dedicó todos sus conocimientos a impartir la enseñanza del bello arte de la encuadernación y decoración de los libros.

Muchas de las encuadernaciones que han realizado los alumnos del maestro Tovar aúnan una perfecta ejecución y excelente buen gusto en la armonía de colores, delicada composición en la decoración de las tapas, el cuidado en el dorado de los cantos de los libros, sus guardas cuidadosamente seleccionadas,

ya sea pintadas a mano, grabadas o de seda; los títulos en el lomo del libro, los mosaicos y la selección de las pieles, que es lo que caracteriza la belleza de estas encuadernaciones. Tales trabajos son la mejor prueba de las enseñanzas que el maestro Tovar nos impartiera.

A todos los alumnos de esta Escuela pido seguir el ejemplo del laureado maestro Alfonso Tovar, que siempre servirá de faro para guiar los pasos de los que quieran trabajar por el bien de la patria.

Al maestro Tovar vaya mi más profundo agradecimiento por sus consejos y enseñanzas en el arte de la encuadernación y decoración de libros.

Encuadernaciones artísticas ejecutadas con pieles finas, siguiendo decoraciones modernas a base de mosaico e incrustaciones de hueso, piedras y piel

